

LOS VIAJES DE FERNANDO VII

Emilio La Parra López

Fernando VII dejó inéditos los diarios de dos viajes realizados por España en 1823 y en 1827-1828, cuya versión completa se publica por primera vez en este volumen. Estos viajes transcurrieron por itinerarios diferentes (el primero por el sur del país, el segundo por buena parte de su mitad septentrional), y aunque entre uno y otro solo mediaron cuatro años, tuvieron lugar en una situación política muy distinta. También lo fue la actitud del rey respecto al viaje y lo era la definición de la monarquía. En la primera ocasión, Fernando VII era formalmente rey constitucional y emprendió el viaje en contra de su voluntad, obligado por unas Cortes con mayoría de diputados liberales. En la segunda, era rey absoluto y nadie le forzó expresa y directamente a salir de la corte. De estas circunstancias, así como de otras cuestiones no menos relevantes, dan cuenta en sus respectivos estudios introductorios los editores de los textos, profesores Soler y Sevillano, por lo que huelga detenerse aquí en ello. Conviene, no obstante, insistir en un rasgo común a estos desplazamientos del rey: fueron viajes políticos, cargados —como es propio de los viajes reales— de un fuerte simbolismo.

En una y otra ocasión era patente el malestar de ciertos grupos o partidos —según el lenguaje de la época— ante el estado de la monarquía, lo cual dañó de forma apreciable la imagen del rey pero una vez finalizado el correspondiente viaje esta

imagen se vio potenciada a los ojos de la mayor parte de la población. En términos actuales podríamos decir que aquellos desplazamientos por su reino fueron políticamente rentables para Fernando VII. En 1823 se impuso a los liberales, quienes, según se decía en los círculos realistas, tenían «secuestrado» al monarca; en 1827-1828 controló momentáneamente los planes de los ultrarrealistas para preparar el acceso al trono de su hermano Carlos María Isidro.

Ahora bien, no fueron estos los únicos viajes realizados por Fernando VII, al margen, por supuesto, de las habituales «jornadas», que tenían un carácter muy distinto. Las jornadas reales consistían en desplazamientos estacionales efectuados a lo largo del año por el monarca y su familia entre los distintos Reales Sitios, los cuales distaban entre sí solo algunos kilómetros. Siguiendo con una tradición muy apreciada por los Borbones del siglo XVIII, y proseguida de forma bastante irregular por sus sucesores del XIX, la familia real pasaba la primavera en Aranjuez, el verano en La Granja de San Ildefonso, el otoño en El Escorial y el invierno en el palacio de Oriente de Madrid. Fernando VII siguió esta costumbre, si bien habitó el palacio de Madrid mucho más tiempo que su padre. Pero además de estos desplazamientos y de los referidos de 1823 y 1827-1828, este monarca realizó otros viajes a lo largo de su vida, tanto mientras fue príncipe de Asturias, como después de acceder al trono. En 1796, a los doce años de edad, acompañó a su padres Carlos IV y María Luisa de Parma a Badajoz y Sevilla; en 1802 fue a Barcelona para contraer matrimonio con la princesa napolitana María Antonia; en 1810 abandonó Madrid para salir al encuentro de Napoleón y terminó recalando en Bayona y en 1814, una vez finalizada la guerra contra Napoleón, regresó de su exilio en Francia y tras seguir la ruta que estimó conveniente a sus propósitos entró en Madrid como rey absoluto¹.

1. Prescindo en esta relación de otros desplazamiento de Fernando VII que podríamos considerar menores, como su viaje al Solán de Cabras (Cuenca) en julio-agosto de 1826, con la finalidad de que la reina María Amalia de Sajonia tomara las aguas de aquel balneario porque, según los informes médicos de la época, eran apropiadas para combatir la esterilidad de las mujeres. Sobre este viaje, que le permitió al rey pasar por Guadalajara, Sigüenza, Sacedón, Huete y Cuenca, véase Cadenas y Vicent,

Podríamos decir, a tenor de estos datos, que Fernando VII visitó buena parte del territorio peninsular de su reino; en cualquier caso, más que su padre y su abuelo. En las páginas que siguen nos detendremos brevemente en estos viajes del rey, cada uno de los cuales marca un tiempo simbólico en la trayectoria personal de Fernando VII y en su reinado.

1. Viaje del príncipe a Sevilla (1796)

El primero de los viajes largos de Fernando tuvo lugar entre el 4 de enero y el 22 de marzo de 1796, siendo príncipe de Asturias. Lo efectuó en compañía de sus padres los reyes, de varios miembros de la familia real y de Manuel Godoy. Su destino era Sevilla y el motivo oficial el deseo de la reina de «cumplir el voto hecho por la salud del Príncipe de visitar el cuerpo de San Fernando, su glorioso abuelo»².

Antes de llegar a Sevilla, la comitiva se detuvo varias semanas en Badajoz, donde las personas reales se alojaron en la casa natal de Godoy. A Badajoz acudió la hermana de Fernando, Carlota Joaquina, acompañada de su esposo dom João, regente de Portugal, y de sus dos hijos. Fue esta la primera vez que Fernando habló con su hermana mayor, quien había abandonado la corte española cuando aquel contaba un año de edad. Con el tiempo, la relación entre ambos llegó a ser muy cordial, entre otros motivos porque compartían un concepto sumamente arcaizante de la monarquía y un acusado odio por los liberales. Una vez llegada la comitiva regia a Sevilla abundaron los actos religiosos, las fiestas y las aclamaciones de la

Vicente, *Los Reales Baños de Solán de Cabras y la jornada de Fernando VII y de Amalia de Sajonia en 1826*, Madrid, 1958.

2. Real Orden del 13-12-1795. Entre los miembros de la familia real se contaban la infanta María Amalia, el infante don Antonio (cuya relación con el príncipe Fernando siempre fue muy estrecha y siguió siéndolo cuando este ocupó el trono) y la infanta María Luisa, acompañada de su marido el príncipe Fernando de Parma (Izquierdo, Manuel, *Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1963, p. 163).

población, como casi siempre sucedía con motivo de las visitas reales³.

El príncipe Fernando, que aún no había cumplido los doce años de edad (había nacido en octubre de 1784), no desempeñó papel relevante alguno en la ocasión, pero es probable que la experiencia le resultara muy aleccionadora, porque aquel viaje significó la consolidación de Godoy en el poder. Por este motivo, el viaje fue mucho más de lo que cabría deducir de la razón principal que lo provocó, esto es, los escrúpulos religiosos de los reyes Carlos IV y María Luisa, de los cuales participó de lleno el príncipe a lo largo de su vida.

El alojamiento de los reyes en la casa natal de Godoy, en Badajoz, tuvo una fuerte carga simbólica. El rey acababa de concederle el título de Príncipe de la Paz, lo cual implicaba una supremacía muy acusada en el ámbito cortesano, pero la posición política de Godoy era cuando menos incómoda y su lugar en la corte estaba cuestionado por la aristocracia, que nunca asumió la idea de que un hidalgo de provincias sin título nobiliario en origen ocupara un lugar destacado en aquel ámbito, que constituía el núcleo del poder. El ascenso de Godoy, tras ser nombrado por Carlos IV en noviembre de 1792 secretario de Estado, esto es, su ministro principal, resultó fulminante, pero el tiempo de su gobierno había sido muy difícil. Cuando solo llevaba unos meses en el poder, Godoy se vio obligado a entrar en guerra contra la Francia revolucionaria, en contra del parecer de un poderoso grupo cortesano constituido fundamentalmente por aristócratas articulados en torno al conde de Aranda, el antecesor de Godoy en la Secretaría de Estado. La guerra, comenzada en marzo de 1793, se desarrolló inicialmente de forma favorable a las armas españolas, pero enseguida cambió de signo, y no solo llegaron las derrotas, sino que, además, los franceses entraron en territorio español y ocuparon varias ciudades del País Vasco. La dureza del conflicto, que exigió la movilización de hombres y la recaudación de elevadas sumas económicas para hacer frente a los gastos militares,

3. Sobre el significado de las fiestas en este tipo de ocasiones véase en este mismo volumen el estudio introductorio de Francisco Sevillano al viaje de 1827-1828.

provocó un acusado descontento entre la población de los territorios afectados por las operaciones militares, fundamentalmente Cataluña y el País Vasco. Por otra parte, las derrotas facilitaron las críticas a la actuación de Godoy, sin que Carlos IV se librara por completo de ellas. El grupo de aristócratas encabezado por Aranda lanzó todo tipo de invectivas contra el ministro principal del rey, y en relación más o menos directa con este grupo surgieron algunos intentos de apartarlo del poder, los más sonados de los cuales fueron el protagonizado por el famoso marino Alejandro Malaspina y la llamada conspiración de San Blas, encabezada por Picornell, hechos ambos sucedidos en 1795⁴.

A principios de 1796, cuando se inicia el viaje real a Sevilla, Godoy precisaba de algún signo para consolidar su situación política y la única persona que podía hacer tal cosa, el rey, necesitaba, por su parte, dar a entender que su decisión de colocar a Godoy al frente de su gobierno no había sido un acto improvisado, mucho menos la satisfacción de un capricho de la reina, como se dijo en pasquines clandestinos difundidos en algunas ciudades en 1794 y 1795⁵. El viaje a Sevilla deparó la oportunidad de satisfacer ambos requisitos. Por una parte, el alojamiento de las personas reales en su casa natal honró a Godoy y fue una manera de proclamar el reconocimiento real de su nobleza y de su capacidad para ocupar altos cargos en la corte, hechos ambos negados en redondo por el grupo arandista, que siempre consideró a Godoy un advenedizo. Además, fue Godoy el único miembro del gobierno que acompañó a los monarcas en el viaje. Esta circunstancia, en modo alguno fortuita, fue oportunamente aprovechada por el rey (y, por supuesto por Godoy) para resaltar la habilidad y la capacidad

4. Soler Pascual, Emilio, *Antagonismo político en la España de Godoy: la conspiración Malaspina (1795-1796)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1990; La Parra, Emilio, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, 2002, pp. 122 ss.

5. Pasquines y anónimos distribuidos por distintos lugares achacaron a Godoy la responsabilidad de las derrotas frente a los franceses; algunos llegaron a decir que la reina propició su entrada en la corte «para joderse con él» (Elorza, Antonio, «La excepción y la guerra: reaccionarios y revolucionarios en torno a 1789», *Estudios de Historia Social*, números 36-37, 1986).

en las tareas de gobierno del flamante Príncipe de la Paz. Según refiere en sus memorias José García de León Pizarro, a la sazón oficial de la Secretaría de Estado y más tarde varias veces ministro (tanto en los años de las Cortes de Cádiz como en tiempos posteriores, con Fernando VII), los ministros enviaban los expedientes desde Madrid, a través de un oficial de su secretaria, allá donde estuvieran los reyes, Godoy los resolvía (naturalmente sin consultar al correspondiente ministro) y daba cuenta de ello al rey. De esta manera, afirma Pizarro, durante aquel viaje Godoy asumió «las facultades de primer ministro en el hecho»⁶. A su regreso del viaje, y para realzar el papel de Godoy, Carlos IV ordenó a sus ministros que expresaran por escrito al Príncipe de la Paz la satisfacción real por «la extraordinaria actividad, acierto y expedición que durante el viaje de SS.MM. ha despachado V.E. todos los negocios que han ocurrido en todos los Ministerios»⁷.

Carecemos de datos fehacientes acerca de la reacción del príncipe Fernando ante esta situación, pero no sería aventurado suponer que debió de percatarse, al menos, de las amplias facultades concedidas por el rey, su padre, a Godoy, personaje que no le fue grato al príncipe ya desde sus primeros años. Así pues, si bien el joven príncipe de Asturias no desempeñó ningún papel relevante, habría que considerar este viaje una experiencia vital de gran importancia para él, quizá porque por primera vez pudo constatar directamente, sin los filtros de los servidores y de la etiqueta cortesana, el gran poder adquirido por Godoy y su ascendiente sobre Carlos IV⁸.

6. León Pizarro, José García de, *Memorias*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998, p. 60 (Pizarro redactó su obra en 1833).

7. Los textos enviados por los ministros se conservan en el Archivo General de Palacio (AGP), Madrid, *Papeles Reservados* de Fernando VII, tomo 104, f. 178.

8. Izquierdo, op. cit., pp. 193-194, aventura que la experiencia de este viaje suscitó en el niño Fernando un profundo recelo hacia Godoy, recelo que se convirtió en envidia y en odio, pues por primera vez vio en el Príncipe de la Paz un posible contrincante para ceñir la Corona. El doctor Izquierdo, cuyo libro está muy bien documentado, quizá se dejó llevar en exceso en este juicio por consideraciones psicológicas y, sobre todo, por lo que más tarde caracterizará la actitud del príncipe Fernando hacia Godoy, pero este es un extremo que requiere de más estudio.

2. Barcelona, 1802. La boda del Príncipe de Asturias

Los reyes españoles proyectaron casar a su hija María Isabel con el heredero de la Corona de Nápoles, Francisco Genaro, hijo del rey de Nápoles Fernando IV (hermano de Carlos IV) y de la austriaca María Carolina (hermana de la que fuera reina de Francia, María Antonieta). Pero la reina napolitana condicionó su consentimiento a que su hija María Antonia contrajera matrimonio, a su vez, con el príncipe de Asturias, Fernando. Ambas cortes llegaron a un acuerdo y tras obtener las dispensas necesarias del papa Pío VII, pues los contrayentes eran primos hermanos, en abril de 1802 se firmaron los tratados matrimoniales en Aranjuez y se acordó que se celebraría el doble matrimonio en octubre próximo en Barcelona.

El 12 de agosto se puso en marcha una numerosísima comitiva, formada por los reyes de España, la familia real al completo, Godoy, un elevado número de dignidades cortesanas y multitud de servidores. Tras pasar por Guadalajara, Torija, Darooca, Cariñena, Zaragoza, Villafranca de Ebro, Fraga, Lérida, Cervera, Igualada y Martorell, la familia real hizo su entrada en Barcelona en la tarde del 11 de septiembre, aclamada de la forma más entusiasta por los barceloneses. El 30 de septiembre llegaron los príncipes de Nápoles al puerto de la ciudad. La doble boda se celebró el 4 de octubre con gran fasto, y en los días siguientes abundaron los actos festivos: conciertos, representaciones de ópera, toros, bailes, funciones teatrales y fuegos artificiales, entre otros⁹.

Las personas reales aprovecharon su estancia en Barcelona, prolongada durante todo el mes de octubre, para hacer una excusión a Gerona y Figueras, así como para cursar una detenida visita a la fábrica textil de Erasmo de Gónima, en la que trabajaban más de quinientas personas. Este último acto era capital, pues simbolizaba la preocupación de los monarcas por los avances económicos de la época.

9. Sobre la estancia de la familia real en Barcelona, véase Pérez Samper, María de los Ángeles, *Barcelona, Corte. La visita de Carlos IV en 1802*, Barcelona, Cátedra de Historia General de España, 1973.

El 8 de noviembre la comitiva real emprendió el regreso a la corte. Tras la casi obligada visita al monasterio de Montserrat, tomó el siguiente itinerario: Martorell, Vilafranca del Penedés, Tarragona, El Perelló, Tortosa, Vinaroz, Castellón de la Plana, Sagunto (entonces Murviedro) y Valencia. En esta última ciudad hicieron su entrada los monarcas y su séquito el 24 de noviembre y allí permanecieron hasta el 13 de diciembre, cuando se dirigieron a Cartagena por Alberic, Fuente La Higuera, Villena, Elche, Orihuela y Murcia. El 22 de diciembre llegaron a Cartagena y el 28 tomaron el camino hacia Aranjuez, pasando por Murcia, Cieza, Hellín, Albacete, El Pederroso, Quintanar de la Orden y Corral de Almaguer. El 8 de enero de 1803, cinco meses después de su partida de la corte, llegaron a Aranjuez.

Este largo periplo por un itinerario un tanto enrevesado debió de ser, sin duda, sumamente instructivo para el príncipe Fernando, quien tuvo la oportunidad de conocer una buena parte —la más floreciente económicamente— del territorio del reino. Parece ser que el príncipe mostró interés por lo que vio, pues según las cuentas de su casa pagó 40 reales «al Diarista que llevó el diario de S.A. toda la temporada». Según todos los indicios, este «diarista» fue Antonio Moreno, peluquero del príncipe Fernando y hombre de su confianza durante bastante tiempo (más tarde será uno de sus acompañantes durante el exilio en Valençay). Moreno declaró años después que escribió «Notas Históricas de todos los Pueblos y lo ocurrido en los tránsitos, en virtud del mandato de S.A., que deseaba, a competencia con el Infante don Antonio, adquirir mayores noticias»¹⁰. Nada sabemos de este diario, quizá definitivamente desaparecido, pero no hay motivos para dudar de su existencia, pues, como nos consta, Fernando VII siempre mostró interés por reflejar las vicisitudes de sus viajes, bien fuera por su propia mano, bien encargando la tarea a algunos de sus próximos.

Al margen de esta circunstancia, en modo alguno baladí para entender la personalidad de este príncipe, el viaje a Barcelona cambió por completo su vida, no solo por la obvia razón

10. AGP, Madrid, *Príncipe Fernando*, libro 21 (cit. por Izquierdo, op. cit., p. 213).

de haber contraído matrimonio, sino fundamentalmente por la influencia política que sobre él ejerció su esposa, de manera que cabría decir que a su regreso el Príncipe de Asturias era una persona completamente distinta a la que emprendió el camino a Barcelona en agosto de 1802. El cambio político de Fernando ha sido tratado en diversos estudios¹¹, por lo que huelga insistir en ello, pero no se debe pasar por alto un dato: el matrimonio con María Antonia de Nápoles supuso la participación directa del príncipe Fernando en la política cortesana, y eso tuvo consecuencias muy relevantes en la evolución de la monarquía española.

Salvo en los actos protocolarios a los que le correspondía asistir como heredero a la Corona, hasta ese momento el príncipe no había tenido participación alguna en la vida de la corte, lo cual significaba que había estado apartado de la política, pues la corte, núcleo del poder, era el centro neurálgico del sistema político. Los días de Fernando habían transcurrido de forma anodina, sujetos a la estricta reglamentación horaria impuesta por sus preceptores¹². El heredero a la Corona española había pasado sus primeros 18 años de existencia en un régimen de aislamiento, dedicado a las prácticas religiosas y al estudio de las lecciones señaladas por sus maestros. En suma, su vida se asemejó más a la de un novicio que a la que debía corresponder a un príncipe llamado a gobernar un inmenso imperio¹³. Pero su relación con María Antonia lo cambió todo. La princesa de Asturias, en contacto epistolar continuado e intenso con su madre, la reina María Carolina, convirtió el cuarto de los príncipes de Asturias en un centro conspirativo contra Godoy y ello dio como resultado, por una parte, la creación de una red

-
11. Acerca de la influencia ejercida sobre el príncipe de Asturias por su esposa y, a través de ella, por la reina María Carolina de Nápoles, así como las primeras impresiones de la princesa sobre su marido, véase Pitollet, Camille, «Notes sur la première femme de Ferdinand VII», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomos 30 (1914), 31 (1914) y 32 (1915). La Parra, E., *Manuel Godoy...*, op. cit., pp. 350-358.
 12. Sobre la educación del príncipe y su régimen de vida véase Arzadun, Juan, *Fernando VII y su tiempo*, Madrid, Summa, 1942, pp. 19-60 e Izquierdo, op. cit., pp. 149-186.
 13. Martínez de Velasco, Ángel, «Fernando VII», en: W. L. Bernecker, C. Collado Seidel y P. Hoser (eds.), *Los reyes de España*, Madrid, Siglo XXI, 1999, p. 216.

de relaciones con la nobleza y, por otra, la participación directa del príncipe Fernando en la lucha política cortesana. Desde 1803, pues, el cuarto del Príncipe de Asturias se convirtió en una especie de tercera corte, en la que se hizo todo lo posible para acabar con el poder de Godoy. La primera corte era, sin duda alguna, la de Carlos IV y radicaba allí donde el monarca se hallara; la segunda, la que Godoy había formado en torno a sí mismo en su lujosa residencia de Madrid, el llamado Palacio de Doña María de Aragón, situado a pocos metros del Palacio Real¹⁴.

Ahora bien, en este tiempo no todo se jugaba ya en la corte. Como ha planteado Jürgen Habermas, se había desarrollado de manera gradual una esfera pública independiente de la corte y del monarca, producto de las nuevas formas de sociabilidad (cafés, periódicos, tertulias y reuniones en casas particulares o en determinados establecimientos comerciales... y la calle). De esta esfera pública surgió la opinión pública, convertida en una nueva forma de poder¹⁵. Aunque en España no había alcanzado la fuerza lograda en otros países europeos, la opinión pública comenzaba a tener un peso considerable, como entendieron perfectamente Escoiquiz y el entorno inmediato del Príncipe de Asturias. A su juicio, pues, para terminar con Godoy ya no era suficiente circunscribirse al ámbito cortesano, completamente controlado, además, por los reyes y por el propio Godoy. Había que traspasar esa esfera para ganar los apoyos más amplios posibles y, aunque resultaba imprescindible contar con la complicidad de la nobleza, era preciso ampliar asimismo el apoyo social, sin menospreciar el de los sectores populares urbanos¹⁶. Así pues, desde el cuarto del Príncipe de Asturias se puso en marcha un plan para desprestigiar a

14. La Parra, E., *Manuel Godoy...*, op. cit., pp. 279 ss.

15. Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981 (primera edición en alemán en 1962).

16. La fuerza de la opinión de la calle está perfectamente reflejada en el *Episodio Nacional* de Benito Pérez Galdós titulado *La Corte de Carlos IV* (véase la edición del Instituto de Estudios Constitucionales, Madrid, 2006). Sobre el surgimiento de la opinión pública en España, véase Fernández Sebastián, Javier, «El imperio de la opinión pública según Álvaro Flórez Estrada», en: J. Varela Suanzes-Carpegna,

Godoy, cuyo primer acto consistió en la organización de una campaña propagandística dirigida a denostarlo. Esta maniobra se inició al poco de llegar María Antonia a la corte, pero quedó momentáneamente interrumpida en 1806, tras el fallecimiento de la princesa en mayo de ese año. No tardó Fernando en reiniciarla, incluso en intensificarla, valiéndose de Juan Escoiquiz, su antiguo maestro de Geografía, quien sustituyó a María Antonia en la dirección de las maniobras contra Godoy.

Desde finales de 1806, el príncipe Fernando y Escoiquiz lanzaron una fuerte ofensiva contra Godoy. El acto más llamativo en este sentido fue una colección de estampas, costeadas por el propio Fernando, distribuidas en la Navidad de ese año entre un buen número de aristócratas, a través de cuyos servidores y criados las estampas se difundieron por las calles, tabernas, tertulias y otros lugares de sociabilidad. Las imágenes representaban a Godoy de la forma más grotesca (un personaje soez, vulgar) y las letrillas que las acompañaban resaltaban sus vicios hasta la exageración, en especial su soberbia y su lascivia. Pero fueron más lejos. Los vituperios alcanzaron también al rey y a la reina, sobre todo a esta última. En las letrillas se repite una y otra vez que todo lo debió Godoy a los favores sexuales de la reina («Entró en la Guardia Real / y dio el gran salto mortal./ Con la Reina se ha metido / y todavía no ha salido. / Y su omnímodo poder/ viene de saber...cantar»). A la reina se le califica de «vieja loca» de la que cabe esperar cualquier cosa, menos que diga la verdad, y al rey de «esposo harto complaciente», un «viejo» que desea mostrar a los españoles «nuevos usos de su modo especial de comer huevos»¹⁷.

La campaña contra Godoy, cuyo centro era sin duda alguna el cuarto del príncipe Fernando, se desarrolló a través de múltiples procedimientos: sátiras como la mencionada, obras satíricas de teatro representadas en casas particulares, en especial

Álvaro Flórez Estrada (1766-1853). *Política, economía y sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2004.

17. Se ignora el paradero de los originales de estas estampas, publicadas y comentadas por Castro Bonel, Honorato, «Manejos de Fernando VII contra sus padres y contra Godoy», *Boletín de la Universidad de Madrid*, año II (1930), pp. 397-408 y año III (1931), pp. 93-102.

en las de la nobleza, distribución de décimas manuscritas por los lugares de sociabilidad, tanto populares como aristocráticos y difusión de hablillas y rumores por las calles, entre otros¹⁸. Del ataque personal a Godoy, quien en calidad de Generalísimo ejercía en esas fechas la máxima autoridad en la dirección de la monarquía, por debajo únicamente del rey, se pasó sin solución de continuidad a denigrar a los reyes y esto suponía atacar en su línea de flotación a la monarquía. Señalar los vicios de Godoy y abundar en su mal gobierno implicaba poner de manifiesto ante la opinión pública —y no solo ante el círculo restringido de los cortesanos— el mal estado de la monarquía. De hecho, pues, el príncipe heredero, como origen y principal impulsor de esta propaganda, fue el artífice del desprestigio del trono ocupado por sus padres. Pero el príncipe no se limitó a lo dicho. De la crítica pasó a los hechos y organizó un operativo para derrocar a Godoy, que en su primer acto fracasó por haber sido descubierto antes de su puesta en práctica (es el episodio conocido como la Conspiración de El Escorial). Ahora bien, lo que inicialmente pudo interpretarse como fracaso del príncipe y de sus partidarios, se convirtió enseguida en un triunfo para ellos, porque en la opinión pública se impuso la idea de que lo sucedido en El Escorial había sido simplemente un montaje de Godoy para desprestigiar al Príncipe de Asturias; justolo contrario de lo que había sucedido.

3. Un viaje no realizado y un golpe de Estado

Al iniciarse el año 1808, la opinión pública era manifiestamente favorable al príncipe Fernando y contraria a Godoy. El reino estaba sumido en una profunda crisis económica, provocada por las pésimas cosechas agrarias de 1804 y 1805, las graves pérdidas demográficas originadas por la epidemia de fiebre

18. De los informes de los agentes secretos de Godoy se infiere la extraordinaria envergadura adquirida por la campaña contra él. Véase La Parra, E., «De la disputa cortesana a la crisis de la monarquía. Godoyistas y fernandinos en 1806-1807», *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejo VI, 2007, pp. 255-267.

amarilla de 1803, las dificultades para comerciar con América y con los puertos europeos ocasionadas por la guerra contra Inglaterra, el cierre de manufacturas, el descalabro financiero y el agotamiento de la Hacienda Real. El descontento social era más que patente, sobre todo en las ciudades costeras mediterráneas, los lugares de mayor vitalidad económica. De todos los males se responsabilizó a Godoy, que se quedó solo, pues las voces en su contra ya no procedían únicamente de la aristocracia y del alto clero, como había ocurrido hasta entonces —salvo contadas excepciones—, sino de todos los sectores sociales. Ciertamente, Godoy contaba con el apoyo de Carlos IV, sin duda imprescindible, pero no suficiente a estas alturas, pues la crisis política ya no se libraba solo en la corte, como ha quedado dicho, ni siquiera era un asunto meramente interno. Tenía una componente internacional muy acusada y al respecto Napoleón era la persona clave.

Evidentemente, Napoleón estaba al tanto de los problemas de la monarquía española y de la disputa cortesana, pero no se pronunció explícitamente a favor de alguno de los dos bandos enfrentados, antes bien permitió que tanto el príncipe Fernando como Godoy pensaron que podían contar con su apoyo. Lo único que dejó patente el emperador fue su propósito de conquistar Portugal para impedir que Inglaterra utilizara ese territorio en su guerra contra Francia. Con este fin, forzó a Godoy a firmar un tratado (formalizado en Fontainebleau el 27 de octubre de 1807), en virtud del cual se emprendieron conjuntamente las operaciones contra Portugal. Godoy se forjó ciertas ilusiones, pues el tratado contemplaba que él gobernaría la parte meridional de este reino, una vez conquistado, en calidad de príncipe soberano, lo cual constituía una extraordinaria oportunidad para librarse de Fernando cuando fuera rey de España. Los acontecimientos, sin embargo, pronto desvanecieron las ilusiones de Godoy.

Desde finales de octubre de 1807 tropas francesas comentaron a traspasar los Pirineos y a ocupar posiciones estratégicas en el norte de España. Esto, en principio, no era motivo de preocupación, pero lo fue a finales de febrero y principios de marzo de 1808, cuando respectivamente los franceses ocuparon las

ciudadelas de Pamplona y de Barcelona sin dar cuenta a las autoridades españolas. Godoy se alarmó ante estos hechos y utilizó todos los medios para averiguar las intenciones del emperador, las cuales, según todos los indicios, iban más allá de la conquista de Portugal, pero no logró averiguar nada. Por su parte, los partidarios del príncipe Fernando, a quienes siguiendo la terminología de la época podemos denominar «partido fernandino» —aunque este grupo nada tenga que ver con lo que luego serían los partidos políticos—, pensaron que Napoleón había decidido acabar con Godoy y que sus tropas no tenían otra misión que apoyar las operaciones emprendidas por ellos en este sentido. Esta peculiar interpretación se fundaba en las insinuaciones de François de Beauharnais, el embajador del emperador en España, quien había prestado su apoyo a los fernandinos en la conspiración de El Escorial.

Ante la incertidumbre, Godoy decidió el traslado de la corte al sur de España, tal vez a Sevilla o a Cádiz. Calculó que en el caso de que Napoleón pretendiera apoderarse del reino, Carlos IV podría contar con apoyo británico, por la proximidad con Gibraltar, y organizar la resistencia desde un punto alejado del territorio ocupado por las tropas francesas; y si esto no fuera factible, cabría la posibilidad de refugiarse en algún lugar de América, como en noviembre del año anterior había hecho la corte de Portugal al trasladarse a Brasil ante el avance del ejército francés. El proyecto de Godoy no era descabellado, como se demostraría meses más tarde: ante la aproximación a Madrid de tropas francesas, la Junta Central abandonó Aranjuez, donde se había constituido, fijó su sede en Sevilla y desde allí convocó las Cortes que, reunidas en Cádiz, organizaron la resistencia ante los ejércitos imperiales durante seis años. Pero cuando en marzo de 1808 expuso sus planes a Carlos IV, la credibilidad de Godoy era casi nula en la corte, y ni el gobierno ni los altos dignatarios cortesanos, ni, por supuesto, el príncipe Fernando aprobaron la idea de aquel viaje, cuya fecha de inicio se había fijado para el 16 de ese mes. Aunque en principio el rey se mostró dispuesto a emprender el viaje e incluso llegó a ordenar los preparativos al efecto, lo suspendió en el último momento. En la noche del día siguiente estalló un motín en el

real sitio de Aranjuez, donde estaba la familia real en pleno y también Godoy. Como es bien sabido, los amotinados pretendían, ante todo, hacer prisionero a Godoy y someterlo a juicio, cuya sentencia sería necesariamente la de muerte, pero el resultado fue otro: la abdicación de Carlos IV y el acceso al trono del príncipe Fernando.

La frustración del viaje ideado por Godoy supuso el triunfo definitivo de su enemigo el príncipe Fernando mediante un golpe de Estado, como ha señalado Miguel Artola. No fue otra cosa el llamado motín de Aranjuez, cuya organización estuvo a cargo del partido fernandino, por más que fuera indudable la participación de un número considerable de vecinos del Real Sitio y de pueblos cercanos, la mayoría de ellos pertenecientes al señorío de destacados aristócratas fernandinos, como el duque del Infantado y el conde de Altamira.

4. El viaje a Bayona: abril de 1808

Fernando VII, ya rey, tomó la decisión de abandonar Aranjuez y trasladarse a Madrid. Pretendía recibir la aclamación de los habitantes de la capital del reino, y lo consiguió en grado sumo. Su entrada en la ciudad, el 24 de marzo, fue, en palabras de Mesonero Romanos, testigo del hecho, «verdaderamente triunfal»¹⁹. Fue esta una prueba palmaria de la aceptación popular de este príncipe, cuya imagen, como consecuencia de una operación propagandística impresionante, enseguida se vio adornada con todas las virtudes²⁰.

19. Mesonero Romanos, Ramón de, *Memorias de un setentón*, Madrid, Tebas, 1975, p. 43. Del entusiasta recibimiento al rey por parte de los madrileños existe un variado elenco de testimonios de la época, entre ellos el del conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Pamplona, Ediciones Urgoiti, 2008, p. 27.

20. Sobre la imagen ideal de Fernando VII creada en 1808 y el sistema propagandístico puesto en marcha por sus más activos partidarios véase La Parra, E., «El rey imaginado», en *La imagen del poder. Reyes y regentes en la España del siglo XIX*, Madrid, Síntesis, 2011.

Fernando VII necesitaba de estas muestras de aceptación de sus súbditos, pues su acceso al trono no había seguido los cauces regulares. La abdicación de su padre se había producido en una situación de extrema agitación, tanto en el interior como en el exterior de palacio, y no se siguieron los trámites tradicionales en situaciones como esa, que consistían en pasar la renuncia del rey al Consejo de Castilla y anunciar la convocatoria de Cortes para tomarle juramento al nuevo monarca²¹. Pero en aquella tesitura no bastaba la aclamación popular, esto es, no era suficiente contar con la opinión pública española, como perfectamente entendieron Fernando VII y su círculo de consejeros íntimos, o consejo privado, constituido por Escoiquiz y los duques del Infantado y de San Carlos, quienes enseguida formaron una especie de cordón impenetrable en torno al monarca. Para consolidarse en el trono, Fernando necesitaba el respaldo de Napoleón, entonces en su mayor esplendor en Europa. Nadie dudaba de ello, más aún si se tiene en cuenta que las tropas del emperador francés ocupaban puntos estratégicos del norte de España. Pero Napoleón era una incógnita, porque nadie conocía sus auténticas intenciones respecto a España. Ciertos detalles, sin embargo, inquietaron al círculo fernandino. Sobre todo, que el emperador no se dignara enviar a Fernando una simple nota de felicitación por su acceso al trono. Para mayor zozobra, ni el emperador ni sus generales presentes en España le dieron el tratamiento de majestad, como correspondía a un monarca, sino el de alteza, es decir, siguieron considerándolo príncipe de Asturias. Así pues, ganada la opinión de su pueblo, lo cual era indudable, Fernando VII puso todo su empeño en conseguir el reconocimiento de Napoleón. Como escribió Escoiquiz, el rey todo lo supeditó a este objetivo, de modo que las medidas adoptadas durante sus primeros meses de reinado fueron muy escasas. En realidad, casi quedaron limitadas a las destinadas a perseguir a Godoy y a sus partidarios más notorios.

Un día antes de la entrada de Fernando VII en Madrid había tenido lugar la de Joaquín Murat, el lugarteniente de Napoleón

21. Toreno, op. cit., pp. 52-53.

en España, acompañado de un fuerte contingente de tropas. De manera que la situación no podía ser más embarazosa para el flamante rey español, pues las tropas francesas acantonadas en la capital eran más numerosas y estaban mejor pertrechadas que la guarnición militar española (el grueso del ejército del rey de España estaba entonces en la frontera con Portugal). Para salir de esta incómoda situación el único medio era celebrar un encuentro personal con Napoleón. Esto es lo que pensaron Fernando VII y sus consejeros íntimos. Por su parte, Napoleón, sabedor quizá del provecho que podría sacar de ese anhelo del Borbón español o por cualquier otra razón, enseñuadamente alimentó la idea de la entrevista entre ambos.

En distintas ocasiones anunció Napoleón su viaje a España y otras tantas lo aplazó. Hasta que a comienzos de abril de 1808 llegó a Madrid el general Savary, enviado especial del emperador francés, con la nueva de que el viaje se produciría de manera inmediata y, lógicamente, sugirió que el rey de España saliera a recibirlo, como prueba de amistad y signo de deferencia. El 9 de ese mes, un número extraordinario de la *Gazeta de Madrid*, el periódico encargado de dar las noticias oficiales, insertó un real decreto que informaba de la inmediata entrada del emperador francés en territorio español y de la decisión de Fernando VII de salir a su encuentro, «debido a la alta consideración que le merecía el emperador». En aquel mismo decreto, el rey designaba una Junta de Gobierno, presidida por su tío el infante don Antonio, para despachar «los negocios graves y urgentes» durante su ausencia, que presumía muy breve.

Al día siguiente, 10 de abril, Fernando VII salió de Madrid. Le acompañaban los tres integrantes de su consejo privado (Escoiquiz, Infantado y San Carlos), el ministro de Estado Pedro Cevallos, los diplomáticos Pedro Gómez Labrador y el marqués de Múzquiz (antiguo embajador en París), varios altos cargos de palacio, dos oficiales de la Secretaría de Estado (Eusebio Bardaxí y Evaristo Pérez de Castro) y un buen número de servidores. El día 11 la comitiva real llegó a Aranda de Duero y el 12 a Burgos, donde se calculaba que ya estaría Napoleón. Pero este no apareció y no se sabía a ciencia cierta dónde estaba, aunque se le creía ya en territorio español. Con evidente preocupación,

se pidieron informes a las autoridades provinciales sobre el paradero del emperador e incluso se enviaron emisarios especiales a Bayona, casi en calidad de espías. Nada se pudo averiguar. Ni siquiera el infante don Carlos, el hermano del rey, quien había salido de Madrid el 4 de abril para anunciar a Napoleón el inmediato encuentro con el monarca español, pudo ofrecer noticia alguna. En realidad, Napoleón todavía no había llegado a Bayona. Lo hizo el 14 de abril, el mismo día que Fernando VII arribó a Vitoria, punto demasiado cercano ya de la frontera y excesivamente lejano de Madrid.

En cuanto Napoleón se instaló en Bayona, lo visitó el infante don Carlos. Sin rodeos, el emperador le aseguró que no tenía intención de entrar en España y que no estaba dispuesto a reconocer a Fernando como rey. Pero el infante no informó de ello con suficiente claridad a su hermano, tal vez porque el emperador le conminó a mantener la incertidumbre o, quizá, por temor a la reacción de Fernando. Este, a su vez, recibía en Vitoria todo tipo de avisos de personas muy relevantes para que no prosiguiera viaje, mientras que de Madrid llegaban correos con la información más inquietante. Hablaban de un plan urdido por Murat y el conde de La Forest, a quien Napoleón acababa de nombrar su embajador en España, consistente en lo siguiente: una vez que Fernando hubiera traspasado la frontera (en caso de que se negara, el ejército francés le obligaría por la fuerza) se proclamaría rey a Carlos IV y se pondría en libertad a Godoy; acto seguido ambos y el resto de la familia real serían enviados a Bayona, para que Napoleón decidiera el destino de la casa reinante en España. Antes de todo eso, Carlos IV nombraría a Murat su lugarteniente en España, por lo que este quedaría como la máxima autoridad, sin posibilidad de competencia alguna, pues en esa fecha no permanecería en territorio español ninguna persona real²². Napoleón, evidentemente, había decidido ocupar España y, por supuesto,

22. Dan cuenta del aludido plan una carta de Murat a Napoleón del 17 de abril de 1808 (publicada en Murat, Prince, *Lettres et documents pour servir à l'histoire de Joachim Murat, 1767-1815, publié par S.A. le Prince Murat*, Paris, 1911, p. 476) y un informe de la Junta de Gobierno a Fernando VII, fechado el 17 de abril (AGP, *Papeles Reservados de Fernando VII*, tomo 107, ff. 38-40).

no contaba con Fernando VII. Pero este y su consejo privado se obstinaron en no dar credibilidad a aquellos informes, fuera por obcecación, fuera por temor a Napoleón. En todo caso, el temor no carecía de cierto fundamento, a tenor de la inquietante carta del emperador, fechada el 16 de abril en Bayona, recibida por Fernando VII.

Era la primera vez que Napoleón se dirigía directamente a Fernando desde su acceso al trono. Seguía sin reconocerlo como rey (le daba el tratamiento de alteza), pero tal vez en esa ocasión lo que más impresionó al monarca español fue el conjunto de reproches contenidos en la misiva. Además de aludir a los dudosos procedimientos empleados para provocar la abdicación de Carlos IV y a su responsabilidad en la conspiración de El Escorial («V.A. R. tenía gravísima culpa», escribe el emperador en relación con este suceso) le censuraba el maltratado infligido a Godoy y, de manera especial, la causa criminal abierta contra él, ordenada por Fernando VII el 3 de abril. «¿Cómo se podría formar causa al Príncipe de la Paz sin hacerla también a los Reyes, vuestros padres?», se preguntaba Napoleón, quien lanzaba a continuación esta severa sentencia: «Vuestra Alteza no tiene a ella (la Corona) más derechos que los que vuestra madre le ha transmitido. Si la causa [contra Godoy] mancha el honor de vuestra madre, V.A. destruye vuestros propios derechos». No se podía ser más claro, ni más demoledor. A los ojos de Napoleón no servían de nada las aclamaciones del pueblo. Fernando no era rey por voluntad de sus súbditos, como había aireado a los cuatro vientos la propaganda de sus partidarios. A juicio de Napoleón, que en este momento adopta el criterio tradicional, lo sería solo por derecho de herencia y si por sus actos no se hacía merecedor de esta herencia, perdía toda legitimidad para ocupar el trono. La carta finalizaba con una seria advertencia: si como consecuencia de algún acto individual o conmoción popular fuera asesinado alguno de los soldados franceses, «esto no conducirá sino a la ruina de España»²³.

23. Napoleón a Fernando VII, Bayona, 16-4-1808 (*Correspondance de Napoleón Ier*, Paris, Plon, 1858-1869, T. 17, pp. 10-11).

Es evidente que Fernando y su consejo privado se asustaron, convencidos de que cualquier actuación contraria a los deseos de Napoleón no solo conllevaría la ocupación efectiva de España, sino el destronamiento de Fernando VII. De modo que, como más tarde explicó Escoiquiz, decidieron arriesgarse y acudir ante Napoleón para ponerse a su disposición. Confían en que en el peor de los casos Fernando quedaría como rey vasallo de Napoleón, pero conservaría el trono y de esta manera quedarían a salvo los intereses personales del rey y los de sus servidores más cercanos²⁴. En consecuencia, decidieron proseguir viaje hasta la frontera y aunque los habitantes de Vitoria se amotinaron para impedir la salida de la comitiva real, esta se puso en marcha el 19 de abril tras una serie de maniobras un tanto rocambolescas. De acuerdo con el relato de Talleyrand en sus memorias, llegaron a Irún a las 11 de esa noche y al día siguiente, a las 8 de la mañana, reemprendieron la ruta. En cuanto pisaron suelo francés, tropas francesas rodearon la carroza de Fernando VII. Esto, en principio, podía interpretarse como un acto de deferencia (el emperador había enviado una escolta de honor para acompañar al rey hasta Bayona), pero en realidad simbolizaba la prisión de Fernando VII y su destronamiento, como pudieron constatar el rey y los suyos en cuanto entraron en el primer pueblo francés. Allí se encontraron un arco de triunfo elevado para la ocasión que llevaba la siguiente leyenda: «Quien hace y deshace reyes es más que rey». Como apostilla con ironía Talleyrand, venía a significar lo mismo que aquella famosa sentencia de Dante en las puertas del infierno: «Vosotros que entráis, abandonad toda esperanza»²⁵. Solo quedaba, pues, formalizar la renuncia de Fernando al trono, hecho que se materializó el 5 de mayo en documento firmado conjuntamente con su padre Carlos IV.

24. Escoiquiz, Juan, *Memorias*, Sevilla, Renacimiento, 2007, cap. IX.

25. Talleyrand, *Memoires*, ed. de Emmanuel de Waresquiel, Paris, Robert Laffont, 2007, p. 288

5. El viaje al exilio. Valençay (mayo de 1808)

El 10 de mayo salió de Bayona Fernando VII, acompañado de su tío el infante don Antonio y de su hermano Carlos María Isidro. El destino fijado por Napoleón era el «château» de Valençay, palacio situado cerca del pequeño municipio del mismo nombre, enclavado en el centro de Francia, lejos de la frontera española y de la costa, para evitar cualquier tentación de fuga, y suficientemente apartado de París (unos 250 kilómetros) para impedir el contacto de los «príncipes españoles», como fueron denominados en los medios imperiales, con los políticos del Imperio.

El itinerario seguido fue el siguiente: Bayona, Dax, Mont-de-Marsan, Burdeos, Chateauroux y Valençay. Como era habitual en los desplazamientos de las personas reales, la comitiva estaba compuesta de un nutrido grupo de criados y del personal cualificado al servicio de «los príncipes». Entre el séquito se contaba el duque de San Carlos, el marqués de Ayerbe y el duque de Frías. Escoiquiz emprendió el viaje poco después y llegó a Valençay nueve días más tarde que el resto de la comitiva. Fernando VII, pues, comenzó su exilio rodeado de dos de los integrantes de su consejo privado, pues el tercero, el duque del Infantado, había quedado en Bayona al servicio del emperador (tomó parte en las deliberaciones de la Asamblea allí reunida por Napoleón destinada a elaborar una Constitución para la nueva España que había de gobernar su hermano, José).

Los viajeros hicieron una etapa relativamente larga en Burdeos, a donde llegaron el 12 de mayo. Ese mismo día, los tres «príncipes» firmaron una proclama dirigida a los españoles en la que reiteraban la renuncia a sus derechos al trono español y hacían, por enésima vez, un llamamiento a los españoles, instando a que obedecieran a Napoleón y evitaran cualquier altercado con las tropas francesas. El día 13 recorrieron el puerto y algunas zonas de la ciudad y el 14 dieron un paseo en barco. Según la policía imperial, muy atenta a todos los movimientos de las personas reales españolas, la población bordelesa no

mostró ningún interés por ellos²⁶. Era la primera vez que al llegar a una ciudad Fernando VII no era aclamado por sus habitantes, lo cual simbolizaba el cambio radical experimentado en su vida.

El 18 de mayo llegaron Fernando VII y los infantes a Valençay. Fueron recibidos por Talleyrand y por Charles-Philippe d'Arberg, chambelán del emperador y gobernador del *château*²⁷. El edificio, nada parecido a los castillos españoles (era en realidad un palacio), había sido adquirido por Talleyrand en 1803 por sugerencia de Napoleón, cuando aquel era Ministro de Exteriores del Imperio, e inicialmente sirvió para recibir al cuerpo diplomático extranjero y a personajes ilustres. Cuando llegó la comitiva real española ya no cumplía esta misión y estaba habitado por una hija natural de Talleyrand de unos 10 años de edad y por otras damas de la nobleza francesa de segundo rango. Napoleón ordenó a Talleyrand que con motivo de la llegada de los «príncipes españoles», se instalarán allí la esposa del propio Talleyrand y cuatro o cinco mujeres más, con el fin «de hacer agradable y divertida la vida del Príncipe de Asturias» durante los meses de mayo y junio; después «los asuntos de España cambiarán y veré qué partido tomo»²⁸.

El optimismo de Napoleón al poco de obtener la Corona de España, cuando todavía no se había producido el levantamiento en armas de los españoles —este hecho tuvo lugar a partir del 23 de mayo—, era sin duda considerable, de ahí que inicialmente estimara breve la estancia de Fernando y sus acompañantes en Valençay. Por su parte, Talleyrand, quien mantenía entonces relaciones más que tirantes con el emperador, siguió fielmente las instrucciones recibidas e hizo cuanto estuvo en su mano para hacer placentera la estancia de sus ilustres huéspedes. Aparte de acondicionar lo mejor posible el palacio (no obstante, Fernando y sus acompañantes siempre consideraron

26. Boletín de la Policía Imperial del 21 mayo, Archives Nationales, París, F7 3759.

27. Boletines de la Policía Imperial del 18 y del 25 de mayo, Archives Nationales, París, F7 3759.

28. Carta de Napoleón a Talleyrand, 9 de mayo de 1808 (cit. por R.P. Raoul, *Pages d'histoire sur Valençay et sa région*, Issoudun, Laboureur et Cie, 1968, p. 282).

aquel lugar una «casa de campo» impropia para albergarles²⁹), Talleyrand les dispensó un trato personal exquisito, impuso a todos los franceses que se dirigieran a ellos con sumo respeto, guardando la más estricta etiqueta (no permitió que nadie se presentara ante ellos sin haber obtenido su permiso previo y sin estar debidamente vestidos, norma a la que no faltó él mismo) y todo, comidas, paseos, reposo, actos religiosos, etc., lo dispuso al gusto de los príncipes, hasta el punto de que el propio marqués de Ayerbe, uno de los principales servidores del rey, alude a las excesivas formalidades a las que no estaban acostumbrados los españoles del séquito de Fernando VII³⁰.

El trato exquisito se combinó con la estrecha vigilancia. Fernando VII y el resto de españoles instalados en Valençay podían moverse libremente por el palacio y sus extensos alrededores, constituidos por un parque y una zona boscosa por la que era fácil el tránsito, pero siempre estuvieron bajo la mirada, muchas veces disimulada o casi imperceptible, de los agentes encargados de impedir su contacto con el exterior o con las personas no autorizadas residentes en el lugar³¹. Esta circunstancia, unida a la cobardía de Fernando o, cuando menos, a su acendrado temor a apartarse de las instrucciones del emperador, hicieron fracasar varios intentos para facilitar su fuga; en alguna ocasión fue el propio Fernando quien reveló al gobernador del *château* los planes de evasión de que tuvo conocimiento. Todo indica, pues, que el rey de España nunca pensó en abandonar Valençay sin autorización del emperador y, a

29. Según el marqués de Ayerbe, que dejó testimonio de su paso por Valençay en unas *Memorias* (editadas por Miguel Artola en *Memorias de tiempos de Fernando VII*, Madrid, Atlas, BAE, 1957, tomo I, p. 230) el palacio era grande, pero las habitaciones estrechas, «propias del campo, con adornos desechados de París, muy pintadas y bonitas, pero sin riqueza ni lujo». Por su parte, Fernando VII siempre lo consideró un lugar impropio para él y al cabo de dos años de residencia escribió al gobernador del *château*: «esta habitación, que por todos lados se nos presta desagradable, por ningún título nos es conveniente» (carta de Fernando a Berthemy, Valençay, 4-4-1810, en: Juan Nellerro [Juan Antonio Llorente] (1814-16), *Memorias para la historia de la Revolución Española, con documentos justificativos*, París, 1814-1816, tomo II, p. 334).

30. Ayerbe, *Memorias*, op. cit., p. 231. Raoul, op.cit., p. 286.

31. Boletines de la Policía Imperial del 18 y del 25 de mayo, Archives Nationales, París, F7 3759.

juzgar por determinadas actuaciones, pudiera pensarse que se había conformado con su suerte, en una especie de resignación cristiana que le condujo a la abulia. En suma, la vida de los tres miembros de la familia real española en Valençay transcurrió, como perfectamente sintetiza Talleyrand, «sin movimiento alguno; todo lo que se puede decir de ellos durante esos cinco años es que vivieron»³². Por nuestra parte, añadiríamos que vivieron en la rutina.

Según el testimonio de Blas Ostolaza, confesor de Fernando VII, el rey empleaba la mayor parte de la jornada en actos de piedad. Todas las mañanas realizaba quince minutos de ejercicios espirituales y asistía a misa, en la que actuaba muchas veces como acólito. Por la tarde empleaba una hora en el rezo del oficio parvo» de la Virgen, el recitado de varios salmos y la meditación, tras escuchar la exhortación diaria de su confesor. Por la noche, antes de retirarse las personas reales a sus aposentos, se rezaba el rosario en comunidad. Aparte de esto, el rey hacía frecuentes visitas al sagrario en el oratorio del palacio³³. Aunque es patente el interés de Ostolaza por resaltar la religiosidad del rey «mártir y perseguido»³⁴, todos los testimonios concuerdan en el mucho tiempo empleado por el rey, su hermano y su tío en los actos religiosos. Pero la vida en Valençay presentó otras facetas. Fernando recibió lecciones de danza y de música (tocaba el pianoforte), practicó la equitación, bordaba, leía (según Ostolaza, diariamente empleaba una hora en la lectura de las obras de Saavedra Fajardo), jugaba al billar y a las cartas, y asistía a las funciones de teatro y las audiciones

32. Talleyrand, *Mémoires*, op. cit., p. 296.

33. Ostolaza, Blas de, *Noticias de nuestro Soberano el Señor Don Fernando VII en su prisión de Valençay, comunicadas por su confesor el Señor Don Blas Ostolaza, en la actualidad diputado a Cortes*, Sevilla, Padrino, 1814. *Fernando VII en Valençay. Heroísmo de nuestro deseado rey D. Fernando VII en la prisión de Francia*, por F.J.F.S., Mallorca, Imprenta de Felipe Guaso, 1814, pp. 11-13.

34. Por orden de Napoleón, Blas de Ostolaza y otros servidores de Fernando VII fueron obligados en 1809 a abandonar Valençay y regresar a España. Ostolaza entró en las Cortes de Cádiz como diputado suplente y, aparte de distinguirse como uno de los diputados «serviles» más extremista, desplegó gran actividad para ofrecer la mejor imagen del rey durante su cautividad, evidentemente desfigurando los hechos (sobre este inquieto clérigo, véase Candel Crespo, Francisco, *La azarosa vida del deán Ostolaza*, Murcia, Academia Alfonso el Sabio, 1981),

musicales organizadas de vez en cuando por madame Talleyrand. A lo que al parecer nunca se prestó fue a participar en bailes y, por supuesto, no hay ninguna alusión en los testimonios conocidos a que Fernando o su hermano mostraran interés por alguna de las damas instaladas en el palacio, mientras que todos mencionan la relación íntima entre el duque de San Carlos y madame Talleyrand. Fuera del palacio, aparte de los habituales paseos (casi siempre en calesa, pues era un pésimo jinete), el rey español visitó en ciertas ocasiones el pueblo de Valençay y participó en alguna celebración pública³⁵.

Especial significado tuvo su presencia durante las grandes fiestas celebradas el 15 y 16 de agosto de 1810 con motivo de la boda de Napoleón y María Luisa de Austria. Los príncipes españoles, vestidos de gala, asistieron junto a las autoridades militares y municipales a los actos religiosos en la iglesia del pueblo, a la parada militar en los jardines del palacio, a un concierto, a los espectáculos teatrales y a los fuegos artificiales nocturnos. Todos estos actos estuvieron presididos por los retratos de Napoleón y su esposa y a lo largo de las dos jornadas de fiesta se sucedieron los vítores a la pareja imperial. El propio Fernando, al salir de la capilla del palacio tras la celebración de un tedeum, lanzó un «¡Viva el Emperador, nuestro Augusto soberano, viva la Emperatriz!», que fue acogido con entusiasmo por la multitud, la cual gritó, al día siguiente, después de la misa en la parroquia, «Vive l'Empereur, vive les princes d'Espagne!»³⁶.

Fue esta una prueba pública evidente de la sumisión a Napoleón de los «príncipes españoles», pero en privado Fernando ya había abundado en ello en cartas al emperador. El mismo día de su llegada a Valençay dio cuenta a Napoleón de su instalación en el palacio, indicando que le participaba esta circunstancia «como homenaje muy debido y conforme totalmente a los sentimientos de mi corazón para con la persona de V.M. I.

35. Raoult, op. cit. Bonneau, François, *Les princes d'Espagne à Valençay, ou l'Espagne humilié*, Chateauroux, 1986.

36. Raoult, op. cit., pp. 301-302.

y R. [Vuestra Majestad Imperial y Real]»³⁷. Un mes más tarde felicitó a Napoleón por la instalación en el trono de España de su hermano José, y añadió la siguiente apostilla: «no podemos ver a la cabeza de ella [España] un monarca más digno, ni más propio por sus virtudes»³⁸. Al año siguiente escribe al emperador que siente «placer» al ver en los periódicos las victorias francesas en España y le felicita por ello en nombre propio y en el de su hermano y su tío³⁹. En abril de 1810 solicita, a través del gobernador del palacio, que el emperador lo haga hijo adoptivo suyo⁴⁰. En mayo de 1810, el rey por el que luchaban los españoles, tras expresar su deseo de contraer matrimonio con la princesa francesa que elija el emperador, incluye el siguiente comentario: «Me atreveré a añadir que esta unión y la publicidad de mi dicha, que dará a conocer a la Europa si V.M. lo permite, podrá ejercer una influencia saludable sobre el destino de los españoles y *quitará a un pueblo ciego y furioso el pretexto de continuar cubriendo de sangre su patria en nombre de un príncipe, el primogénito de su antigua dinastía, que se ha convertido por un tratado solemne, por su propia elección y por la más gloriosa de todas las adopciones, en príncipe francés e hijo de V.M.I y R.*»⁴¹.

Ante esta correspondencia huelgan las palabras. Fernando VII estaba entregado por completo a Napoleón y bien patente queda que su estado de ánimo y sus intenciones eran diametralmente opuestos a las aspiraciones de los españoles que en esas mismas fechas luchaban contra el ejército francés y se negaban a reconocer a José I invocando, precisamente, el nombre del «rey cautivo y virtuoso», como repitió hasta la saciedad la propaganda patriota. La aceptación de su destino y el deseo de agradar al emperador explican la sumisión de Fernando y

37. Carta de Fernando VII a Napoleón, Valençay, 18-5-1808 (reproducida por Nellerto, op. cit., II, pp. 199-200).

38. Fernando a Napoleón, Valençay, 22-6-1808 (Nellerto, op. cit., II, 259-260).

39. Fernando a Napoleón, Valençay, 6-8-1809 (Nellerto, op. cit., II, p. 322).

40. Fernando a Barthélemy, Valençay, 4-4-1810 (Nellerto, II, op. cit., p. 333).

41. Fernando a Napoleón, Valençay, 3-5-1810 (en Estanislao de K. Bayo [atribuido a], *Historia de la vida y reinado de Fernando VII*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1842, I, pp. 242-243). El destacado en cursiva es mío.

de las otras dos personas reales que le acompañaban, su negativa a aceptar los sucesivos planes de evasión, ciertamente muy mal concebidos, y esa especie de resignación cristiana a la que se ha aludido. Pero no solo eso. Napoleón podía utilizar a Fernando como instrumento en contra de los intereses de España, como en efecto sucedió. Durante la guerra, Napoleón ordenó publicar las cartas de Fernando en *Le Moniteur*, el periódico oficial francés, como elemento propagandístico para disuadir a los españoles de la inutilidad de la lucha en su nombre. Y a finales de 1813, con la guerra en España ya casi perdida por las tropas francesas y amenazado el imperio francés por la coalición monárquica europea, Napoleón utilizó de nuevo a Fernando para intentar romper la alianza entre España e Inglaterra y para recuperar las tropas francesas todavía estacionadas en la Península ibérica. En esta ocasión, como en las anteriores, Fernando VII se prestó a los planes del emperador —según todos los indicios muy gustosamente— y el 11 de diciembre de 1813 concertó con él un acuerdo, conocido como Tratado de Valençay. Fue el último servicio al emperador francés y el primer paso del monarca español para regresar a su reino como soberano absoluto.

6. La vuelta de el Deseado (1814)

España y Francia acordaron por el Tratado de Valençay poner fin a la guerra, intercambiar prisioneros y evacuar simultáneamente del territorio español las tropas francesas y británicas. Napoleón, por su parte, se comprometió a garantizar la integridad territorial de la monarquía española y a reconocer el derecho de Fernando VII y de sus sucesores a ocupar el trono español; Fernando VII, a su vez, se comprometía a mantener el estatus de los españoles que habían obedecido a José Bonaparte, a restituirles los bienes confiscados por los patriotas y a firmar un acuerdo comercial con Francia. El tratado estaba orientado a cumplir los objetivos de Napoleón (disponer de las tropas ocupadas en España y romper la alianza de esta